

Cambios en las relaciones de trabajo de la mujer en comunidades campesinas

Sulema Loayza Alatriza

Universidad Nacional Mayor de San Marcos

suleloayza@yahoo.com

RESUMEN

En el mundo del trabajo se viene produciendo profundas transformaciones que demandan un replanteamiento de las concepciones tradicionales sobre el trabajo y empleo; el impacto de la economía de mercado en las economías campesinas está dando lugar a la reestructuración de las relaciones de trabajo al interior de las unidades familiares de producción, con una creciente y diversificada participación de la mujer en el trabajo productivo. Este artículo ausculta los cambios operados en los últimos quince años en las relaciones de trabajo de la mujer en comunidades campesinas de la sierra del Perú.

PALABRAS CLAVE: Comunidades campesinas, mujer, trabajo, economía de mercado, Perú.

ABSTRACT

In the labor market deep transformations are taking place that demand a reformulation of the traditional concepts of work and employment. The impact of the market economy on rural economies is giving place to the restructuring of work relationships in the interior of the family units of production, with the woman's growing and diversified participation in productive work. This article presents the changes that have occurred in the last fifteen years in the relationship of woman's work in rural communities in the mountains of Peru.

KEY WORDS: Peasant communities, woman, work, market economy, Peru.

En el presente estudio se expone un análisis de las transformaciones y tendencias de las relaciones de trabajo de la mujer campesina, operadas en el marco de la crisis económica y el programa de ajuste de los años 90, para dicho propósito se ha seleccionado tres comunidades campesinas de la sierra, correspondientes a situaciones regionales y productivas diferenciadas.

Las transformaciones en las relaciones de trabajo de la mujer campesina se ubican en el ámbito y la dinámica de la agricultura peruana, toda vez que las modificaciones operadas en las relaciones sociales y estructuras productivas del agro afectan y modifican el trabajo y la división del trabajo al interior de las unidades familiares. La creciente penetración de las relaciones mercantiles, los cambios en las economías campesinas y la estructura de cultivos configuran determinadas condiciones que interactúan con la participación económica de la mujer campesina.

El foco de atención se orienta ahora a indagar sobre la forma en que los procesos de integración mercantil de la agricultura afectan no tanto los procesos de producción como los procesos de trabajo en la familia, diversificando roles y responsabilidades familiares y haciéndolos depender cada vez más de sistemas de control externo (Marsden, 1990). Este proceso de diversificación de los papeles laborales de la familia puede ser visto en gran medida como una cuestión de género.

Entendemos como trabajo productivo las actividades orientadas a la producción de valores de uso y de cambio, distinguiéndose entre ellas las actividades económicas no remuneradas, como la producción agrícola y pecuaria en el predio familiar, el procesamiento y transformación de productos y las actividades productivas remuneradas, tales como la participación en el mercado de trabajo y el mercadeo de productos.

Hemos seleccionado tres comunidades campesinas, una de policultivos, Huaraypata, en el valle interandino del río Vilcanota, Cuzco, una agrícola ganadera, Collana, y una frutícola, Cochahuayco, estas dos últimas en la provincia de Huarocharí, Lima, en las cuales se ha rastreado las características, tendencias y condicionantes de las transformaciones en las relaciones de trabajo, la forma cómo las unidades familiares han llevado a cabo dichas transformaciones, igualmente se auscultó en lo referente a los actores que asumen las decisiones internas y las razones que los motiva para impulsar y sostener dichos cambios.

En primer término, exponemos un análisis de la situación del agro, su reestructuración, las políticas de ajuste y su impacto en las relaciones de trabajo al interior de las economías campesinas, desde la perspectiva de género; luego, se examina las características, los cambios, tendencias y modalidades de las relaciones de trabajo de la mujer campesina y las estrategias resultantes, en relación al trabajo productivo en sus diferentes modalidades, trabajo asalariado, mercadeo y otras formas de trabajo.

1. REESTRUCTURACIÓN DEL AGRO Y TRABAJO DE LA MUJER

La aplicación del shock de 1990 generó en la agricultura peruana, al igual que en otros sectores productivos, el agravamiento de la ya difícil situación económica de la población rural pobre, de campesinos sin tierras y minifundistas, cuyo trabajo productivo en el agro no cubre las necesidades básicas de la canasta familiar. Si bien en los años siguientes, se dio una relativa recuperación del conjunto de la economía peruana y dentro de ella, de la agricultura, el año 1997 la línea de recuperación y crecimiento entró en una nueva tendencia declinatoria, generada inicialmente por el desencadenamiento del fenómeno El Niño a lo cual se agregó la aplicación de políticas económicas recesivas. Esta crisis puso sobre el tapete el desinterés del capital bancario nacional y extranjero para invertir en la actividad agrícola, lo que aunado al sinceramiento del precio del capital, es decir, la elevación de las tasas de interés, determinaron el abandono financiero a los pequeños agricultores, cuya producción de alimentos destinan al consumo interno regional o nacional. Los pocos préstamos que se otorgaron a lo largo de dicha década tuvieron como garantía el predio agrícola. Fueron los habilitadores, principalmente casas comerciales mayoristas, quienes reforzaron su papel de prestamistas en el agro, después del cierre del Banco Agrario, ocurrido en 1992.

La descapitalización de la agricultura, agravada en la década del 90, ha conducido a la precarización del trabajo en el medio rural, la agudización de la pobreza rural y a una mayor desigualdad social en el campo peruano, procesos que tienden a agravarse en el marco del modelo neoliberal. En el contexto de la pobreza campesina hay una reestructuración de la composición en la mano de obra y una transformación de las relaciones de trabajo, con creciente intervención de la mujer en el trabajo productivo. El trabajo de la mujer en las economías campesinas es determinado fundamentalmente por estrategias de sobrevivencia económica y no por aspiraciones de beneficios económicos o de movilidad social.

Los programas de ajuste profundizaron la pobreza rural, estrechando los canales de movilidad social e incrementaron la precariedad del empleo para los campesinos. La modernización del campo ha impactado duramente a los pequeños productores, cuya economía en la actualidad denota una mayor dependencia respecto a los condicionantes del mercado. El empobrecimiento del campesino acentúa la pérdida de su capacidad productiva, induciendo a los más pobres hacia el abandono del campo y su mayor vinculación a otras actividades no agropecuarias, con una creciente intervención de la mujer, principalmente a través del autoempleo y multiempleo.

La pobreza se ha agravado en los sectores de la pequeña propiedad campesina. La marginación del desarrollo de vastos sectores ha contribuido a agudizar la pauperización diferenciada por sexo y ha dado lugar a la denominada feminización de la pobreza. Si bien la mujer campesina se halla plenamente integrada a la

organización y ejecución del proceso productivo, este hecho no implica un mejoramiento de su condición como trabajadora, ya que continúa siendo ubicada en actividades peor remuneradas, sujetas a discriminaciones en salarios, pagos a destajo y jornales fragmentados, generalmente en el laboreo de cultivos poco rentables.

Los indicadores de pobreza en el Perú muestran la agudización de la misma en los últimos años, con una mayor incidencia en los sectores rurales (campesinos). Según la Encuesta Nacional de Hogares (INEI), entre 1997 y el 2001, la población del país en situación de pobreza creció de 42.7% a 54.8%¹ y dentro de ello, si bien el indicador de pobreza extrema se ha mantenido en un 18% de la población total, el cuadro de este indicador en el sector rural del país, muestra un notable deterioro de la situación, así, la pobreza extrema en la población rural ha crecido de 35.6% a 51.3% entre 1997 y el año 2001². El panorama expuesto revela la gravedad que asume la expansión de la pobreza en el país.

El valor mensual de la canasta de consumo para familias en extrema pobreza, en noviembre de 1998, en la costa rural era de 151.10 dólares, en la sierra rural 123.30 dólares, la remuneración mínima vital real para ese año, como promedio nacional, fue de 90.43 dólares, monto que no alcanzaba a cubrir el valor mensual de la canasta básica de consumo en las familias rurales del Perú.

El mercado de tierras a pesar de la explícita prohibición del Decreto Ley de Reforma Agraria de 1969 nunca dejó de funcionar. En la segunda mitad de la década del ochenta este proceso se había intensificado particularmente en la costa. Las dificultades para acceder al financiamiento de la campaña agrícola, la caída de los precios, los fenómenos climáticos junto con la violencia, hicieron poco atractivo para el capital la inversión en la agricultura.

En la década del noventa, en el marco de las reformas neoliberales, fueron promulgadas la llamada Ley de Tierras y la Ley de Titulación de Tierras de las Comunidades Campesinas, las mismas que, en la práctica, eliminan los límites al tamaño de la propiedad y permiten que las tierras comunales entren al mercado de tierras. Los pequeños campesinos, desposeídos de recursos materiales y sin la posibilidad de acceder a recurso financiero alguno, son expuestos a una confrontación en la cual el capital es el elemento decisorio.

No cabe duda que las transformaciones en la propiedad, en el tamaño de la unidad agropecuaria, junto con el nuevo patrón de cultivos afectaron enormemente, no sólo el número y composición de la fuerza de trabajo, sino también las relaciones laborales que se fueron reestructurando en la agricultura. Este nuevo

1 INEI. Encuesta Nacional de Hogares. 2002.

2 «Población en situación de pobreza», en el Perú, es aquella que no está en condiciones de adquirir una canasta básica de consumo. Así mismo, «población en situación de pobreza extrema», no está en condiciones de cubrir el costo de una canasta básica de alimentos que garantice una ingesta adecuada de calorías. INEI. Encuesta Nacional de Hogares. 2002.

ciclo de modernización neoliberal de la agricultura aún no es capaz de absorber un porcentaje significativo de la creciente oferta de fuerza de trabajo rural, además, ha puesto en cuestión la autonomía del agricultor en el proceso productivo, que consiste «en acomodarse antes que escapar del mercado» (Biyceson, citado por Arias, C. 2002), es decir, aceptar las condiciones que le imponen los mayoristas, los acopiadores y las cadenas comerciales.³

A principios del siglo XXI el agro como sector productivo no ha logrado resarcirse del cierre del Banco Agrario. Es decir, el financiamiento de la campaña agrícola no es posible para la gran mayoría de los pequeños campesinos. Las inversiones importantes se orientan hacia los cultivos de exportación, circunscrito y controlado por un núcleo empresarial reducido.

A lo largo de los últimos 15 años el agro, como sector productivo, ha estado sometido a un intenso proceso de descapitalización que va desde la depredación de los recursos naturales de tierra y agua, la falta de reposición de activos de los pequeños y medianos agricultores, así como la casi ausencia de inversiones generadoras de empleo a largo plazo en la agricultura y las restricciones para financiar las campañas agrícolas de los principales cultivos. La liberalización del mercado trajo abajo las limitadas medidas proteccionistas que existían para la producción agrícola interna. No sólo significó el retiro de los subsidios a los insumos para la agroindustria alimentaria, sino también se rebajó drásticamente los aranceles de importación de alimentos de consumo directo, muchos de ellos subsidiados por los gobiernos de sus países de origen.

Las políticas macroeconómicas, con algunas excepciones, han resultado contrarias a los campesinos. En el actual contexto neoliberal, son varias las medidas económicas agravantes de las condiciones de reproducción de las unidades campesinas: aumento de la importación de productos agropecuarios, incremento de los costos de insumos y disminución del crédito, entre otros, llevando a que las fronteras del autoconsumo y la producción mercantil sean muy limitadas o itinerantes para un sector significativo de pequeños campesinos. Por cierto, los efectos varían de acuerdo a las regiones y según la combinación de actividades que realizan los campesinos y los recursos con los que cuentan. En general, las precarias condiciones materiales de vida de los sectores campesinos pobres, los llevan a una búsqueda imperiosa de fuentes alternativas laborales y con ellos a una menor dependencia del ingreso de la parcela; pero por otro lado, el mercado laboral restringe cada vez más las oportunidades de ofrecer ocupación y lo hace a condiciones precarizadas. Los programas de ajuste de los 90, si bien han generado un relativo proceso de modernización de un sector del agro, beneficiando a una minoría de la población rural (agroindustrial), ha excluido a la basta mayoría

3 El comportamiento productivo de los comuneros fruticultores y agrícola ganaderos pone en evidencia dichas relaciones de dependencia.

del agricultores, que son los pequeños campesinos. Se considera, en general, que dichos programas agudizaron la pobreza rural, la modernización del campo está impactando duramente a los pequeños productores, que constituyen el 53,8% del sector rural.⁴

La economía de los productores campesinos denota en la actualidad una mayor dependencia frente a los condicionantes externos; el incremento de precios y variedad de insumos y productos de origen industrial y la recesión del mercado de consumo, las bajas en los precios de productos alimenticios por la liberalización de importaciones, acentúan el desequilibrio del intercambio campo - ciudad. Internamente, las economías campesinas están siendo afectadas por la pérdida de efectividad de los plaguicidas químicos en sucesivas campañas, se acentúa el empobrecimiento de la tierra por su creciente explotación sin suficientes nutrientes y, en el caso de los fruticultores, por el envejecimiento y bajas en el rendimiento y calidad de sus plantaciones. Se agrega a ello la decreciente capacidad productiva de un sector importante de comuneros pobres, a quienes impacta con más fuerza los factores anteriormente citados, acentuando entre ellos la tendencia hacia el abandono del campo, su separación del mismo y su mayor vinculación al mercado de trabajo y de otras actividades no agropecuarias fuera de la comunidad.

La Reforma Agraria de 1969, que se desarrolló a lo largo de la década de los setenta, el proceso de parcelación de las cooperativas agrarias en los años ochenta, las reformas neoliberales de los años noventa y la Ley de Tierras de 1995, han dado lugar a la reestructuración no sólo de la propiedad de la tierra, sino también de las relaciones de trabajo y la estructura de cultivos y de mano de obra de las unidades agropecuarias.

La crisis económica y política que vive el país desde hace tres décadas ha impactado duramente en la situación de los pequeños productores del agro. No es posible atribuir exclusivamente al modelo neoliberal los cambios en el régimen de la propiedad de la tierra y la dinámica de la fuerza de trabajo agrícola, toda vez que el mercado de tierras se intensificó a principios de los noventa, junto con la reforma laboral, impulsando un proceso de concentración de la tierra, con una secuela de desempleo en el campo.

La acentuación de la pobreza junto con la inestabilidad social y política son los elementos que definen, en las dos últimas décadas, el complejo contexto en el que se desenvuelven la mayoría de las unidades familiares agropecuarias en el Perú, los que se manifiestan bajo las formas siguientes:

- *Desempleo e informalidad rural.* La pérdida de dinamismo que experimentó la pequeña producción agropecuaria en las dos últimas décadas, derivada

4 INEI. Censo Nacional Agropecuario de 1994. Lima.

de la puesta en marcha de las medidas de ajuste, tuvo como resultado el deterioro del mercado de trabajo formal, el aumento del desempleo y subempleo, que llevó a gran parte de la población rural a asalariarse en ocupaciones temporales y/o informales, «autoemplearse» o informalizarse (por cuenta propia, comercio ambulatorio, artesanía independiente, etc.). Es decir que, una parte importante de las familias campesinas se han visto obligadas a adoptar nuevas estrategias de sobrevivencia.

- *Aumento de la pobreza rural.* Los intentos de reactivación económica y modernización de la agricultura, así como la aplicación de medidas de estabilización y ajuste no sólo no lograron frenar la pobreza, sino que, no pudieron impedir su agudización, y en particular, el incremento de la pobreza extrema.

En este cuadro de ajuste económico, social y político, las familias campesinas inician en la práctica concreta un proceso acelerado de ajuste, de reestructuración y de reformulación de los patrones tradicionales de las relaciones de trabajo, en su búsqueda por cubrir sus necesidades esenciales. Estos reacomodos y transformaciones del perfil de las familias rurales se dan tanto en el ámbito económico, como en lo productivo y social.

Los cambios económicos, y particularmente la crisis del agro peruano, han dado lugar a que las iniciativas y creatividad de las mujeres campesinas, para enfrentar las extremas limitaciones de las unidades familiares del campo, hayan cobrado la mayor importancia dentro de sus estrategias productivas, que han hecho posibles los procesos de adaptación del agro serrano a la modernización de la economía, regida por el mercado. Se ha perdido la imagen del hombre como proveedor único de la economía familiar, ya que la mujer profundiza y flexibiliza su participación en el trabajo productivo. En muchos casos, la mujer es la principal productora, y cuando no, es la única fuente del sustento familiar. Ella ha sido pieza clave en el proceso de ajuste macroestructural .

2. POLÍTICAS DE AJUSTE Y ESTRATEGIAS DE TRABAJO DE LA MUJER CAMPESINA

El proceso de integración al mercado, la modernización y crisis de la agricultura y los cambios en la tenencia de la tierra posteriores a la reforma agraria, han reestructurado las relaciones técnicas y sociales de producción y, en general, las relaciones de trabajo. Los años del terror vividos por hombres y mujeres del campo durante la guerra interna, marcaron especialmente en las mujeres, que tuvieron que enfrentar difíciles y nuevos retos, como asumir la jefatura de sus hogares y unidades productivas. La crisis económica arrastrada desde años atrás, se agudiza en los 90 con el seguimiento de políticas neoliberales, cuyos efectos sobre el sector más pobre del campo y las mujeres viene extremando las condiciones de sobrevivencia de los mismos.

Tanto la crisis como la violencia política han implicado que la mujer asuma mayores responsabilidades, pues al ausentarse el hombre de la unidad familiar, ella permanece regularmente en el hogar y comunidad y afronta el mantenimiento de la unidad familiar llevando a cabo actividades de sobrevivencia individuales y colectivas, actualmente en condiciones más vulnerables. En dicho contexto doblemente afectado, las nuevas relaciones de trabajo que las mujeres campesinas establecen son fundamentales y ponen de manifiesto su tenacidad y decisión, al adoptar por sí mismas estrategias en el manejo de las unidades familiares, que tienen que ver con la interrelación de los ámbitos en que se desempeñan, como pequeñas productoras, pequeñas comerciantes y como amas de casa; estrategias que trascienden del ámbito familiar, al asignar características especiales al desarrollo de las comunidades campesinas.

Para los pequeños campesinos la agudización de la lucha por la sobrevivencia, como respuesta a los efectos de la crisis y de los programas de ajuste de las economías agrarias, en general, los ha llevado hacia una mayor participación de la mujer en el trabajo productivo, sin dejar de lado su rol reproductivo y, así mismo, ha influido en la alteración de los procesos de decisión y de las relaciones de trabajo al interior de las unidades de producción campesina.

Los pequeños agricultores de unidades productivas menores de 3 hectáreas recurren al uso de fuerza de trabajo familiar gratuita, mujeres y menores de edad participan en actividades como la siembra y el deshierbe de cultivos, la cosecha, cuidado del ganado, etc. El uso intensivo de mano de obra familiar se da en la mayor parte de los pequeños predios campesinos de la sierra, lo cual significa que, los miembros de la familia campesina tienen una dependencia más fuerte de la actividad agropecuaria familiar, cuyos ingresos complementan asalariándose en actividades agrícolas en la zona o bien realizan otras, como artesanías o pequeño comercio. También migran temporalmente a las ciudades y otros centros de mayor desarrollo relativo, buscando complementar sus ingresos agropecuarios, asalariándose generalmente en actividades informales y de baja rentabilidad.

La información censal de 1994 nos indica que el tamaño promedio del hogar de las unidades agropecuarias del país era de 4.9 miembros⁵, siendo en la costa de 5.3, mientras que en la sierra era de 4.7 miembros, habiéndose encontrado en ésta última que un 71.6% de los miembros del hogar laboraba en su propia unidad agropecuaria, dependiendo en mayor medida del agro. La situación descrita es un indicador, entre otros, que en la sierra predomina una agricultura de subsistencia que difícilmente puede ofrecer una buena remuneración y tampoco diversifica la ocupación de su mano de obra.

Una característica importante de la década del noventa, que aparece en el III CENAGRO, es la presencia importante de la mujer como mano de obra remune-

5 INEI. Censo Nacional Agropecuario de 1994. Lima

rada en la actividad agropecuaria. En efecto, aún cuando desde siempre la mujer ha trabajado directamente en la actividad agropecuaria, en las últimas décadas su incorporación ha sido mucho más visible como asalariada, desarrollando cada vez más labores especializadas en el trabajo agrícola.

Las políticas de ajuste favorecen la producción de cultivos de exportación, que benefician a los grandes productores comerciales, que cultivan en gran escala, mientras que los pequeños productores han visto frenada su expansión, debido a una conjunción de factores, tales como el alza del crédito y el corte de subsidios para la adquisición de insumos, que les impiden lograr márgenes de productividad. Dado que la mujer, pequeña productora agropecuaria, se ubica mayoritariamente entre los pequeños campesinos, el conjunto de políticas de ajuste estructural, que incentivan la producción de «bienes exportables», la afectan directa y más duramente. La concentración del trabajo productivo de las mujeres en «actividades no exportables», como son el cultivo y preparación de alimentos de consumo directo, más el trabajo reproductivo, como el abastecimiento de agua y leña y la educación de los hijos, le dejan poco tiempo libre para transferirlo a actividades que produzcan bienes de exportación. Por otra parte, los bienes alimentarios destinados al consumo directo, cultivos de subsistencia, y el comercio interno, áreas de responsabilidad y control de la mujer, no reciben incentivos similares a la producción exportable.

En respuesta a la disminución de los ingresos reales del hogar campesino, las mujeres de las unidades familiares han desarrollado una serie de mecanismos y estrategias para sobrevivir en condiciones de extrema privación. Estos consisten básicamente en maximizar el uso de los recursos humanos y materiales del hogar y en restringir el consumo. Mientras que algunos de estos medios se llevan a cabo en el seno de la familia y de la comunidad, otras propenden a la desintegración del grupo familiar y a la modificación de los estilos de vida precedentes. Las estrategias asumidas por las mujeres campesinas para afrontar el impacto de la crisis y los efectos del ajuste económico, pueden ser caracterizadas en lo sustancial como las siguientes:

a) *Incremento de la sobrecarga laboral*

La búsqueda de trabajo fuera del hogar para intentar compensar la reducción de los ingresos agropecuarios familiares ha sido llamada «efecto de adicionalidad». Cuando el hombre pierde su trabajo o disminuye su salario, la mujer tiende a aumentar sus horas de trabajo, tanto en el hogar como en el mercado laboral, pero dada la situación de crisis, es poco probable que haya un empleo disponible para ella, lo que significa que deberá contentarse con empleos casuales o trabajos mal remunerados en el sector informal. Campesinas pobres de las comunidades de policultivos y agrícola ganadera salen fuera de su comunidad llevando consigo pequeñas cantidades de productos agropecuarios que consiguen en préstamo de otros comuneros

puddientes o bien de comerciantes mayoristas, productos que mercadean en ferias y mercados regionales, obteniendo en tales transacciones pequeños márgenes para la subsistencia familiar (trabajo informal y/o autoempleo).

Los programas de ajuste tienen un fuerte impacto sobre la mujer, tanto en su actividad económica como en su función de madre, organizadora y administradora del hogar. Directa o indirectamente, cada una de las citadas funciones de la mujer es dificultada por la creciente precarización de sus recursos; como respuesta, la mujer busca a través de la extensión de la jornada de trabajo y la diversificación de sus actividades mantener los niveles de subsistencia familiar.⁶

b) Estrategias por el lado del producto

Los campesinos pobres buscan diversificar su producción agropecuaria, lo cual les permite márgenes de monetización e ingresos durante el año, aun cuando éstos sean muy pequeños. Así, en el caso de los comuneros de policultivos, el accionar de la mujer media y pobre en los últimos años ha diversificado el portafolio de cultivos familiar con hortalizas, flores y hierbas aromáticas, que pueden producir varias veces por año y venderlos en pequeñas cantidades. Comportamiento que al haberse generalizado, viene asignando a la citada comunidad un carácter eminentemente hortícola y ha afianzado el rol de pequeña comerciante de la mujer. En la comunidad agrícola ganadera, en los recientes años se han visto en la necesidad de reemplazar, en pequeñas extensiones, el cultivo principal de alfalfa por la producción de pan llevar, leguminosas, cereales y tubérculos, estrategia que a los comuneros pobres les permite subsanar sus necesidades de alimentación familiar.

Los sectores medios de comuneros fruticultores, que mantienen el monocultivo de manzanos envejecidos, cuya producción compite desventajosamente en el mercado, están iniciando todavía débilmente una innovación de sus plantaciones con otros frutales intercalados entre los huertos de manzanos y vienen introduciendo el cultivo de hortalizas, así mismo, han incrementado la crianza de animales de corral, cambios que vienen siendo impulsados por acción de las mujeres, quienes destinan dicha producción al autoconsumo familiar, sustituyendo los productos industriales cuyos costos no están a su alcance.

c) Estrategias por el lado del gasto

Se viene operando a través del incremento del autoconsumo de la producción familiar, entre las unidades medias y pobres, compensando así su demanda de productos

6 Se calcula que una mujer campesina en la sierra tiene una jornada de trabajo de 15 horas diarias, debido a sus numerosas y diversas responsabilidades (Jurado, J. 1987).

alimenticios industriales. Esta alternativa se hace evidente en las comunidades agrícola ganadera y frutícola, en las cuales recientemente vienen incrementando su producción agropecuaria autoconsumida, reduciendo así los sucedáneos de otro origen, cuyos costos representan un elevado valor para sus empobrecidas economías. Según las opiniones de las comuneras, aparentemente se estaría volviendo hacia las estrategias de autoproducción/autosubsistencia, es decir, que la familia trata de autoabastecerse con la producción doméstica. La percepción de la mujer en torno a la situación económica se centra en el aumento de precios de los bienes industriales que demanda del mercado y ante la decreciente disponibilidad del dinero, opta como estrategia, disminuir la compra de tales productos y sustituirlos por bienes producidos en la propia unidad familiar, incrementando así la parte autoconsumida de la producción doméstica. Es decir, los efectos del programa de estabilización estarían produciendo una recomposición de la estructura de gastos al interior de las familias campesinas. Lo que es la estrategia por el lado del gasto, como una reducción del consumo de bienes adquiridos en el mercado y un aumento de aquellos bienes producidos en la unidad familiar.

d) *Migración*

Las necesidades apremiantes para la reproducción de la familia campesina, impulsa a las mujeres a migrar en forma itinerante, fuera de la región, hacia mercados de trabajo informales, tal como los comuneros varones habían emprendido anteriormente y que últimamente se les restringe por la recesión de las economías a las cuales acuden en búsqueda de trabajo asalariado. Las comuneras pobres y algunas medias de la comunidad de policultivos han optado en los últimos años la alternativa de desplazarse en grupos hacia los valles de Arequipa y otras zonas durante épocas de cosecha de arroz, frijoles, cebollas y otros productos industriales, donde se asalarian informalmente, sin contratos de trabajo y por salarios mínimos.

e) *Recreación de patrones de solidaridad comunal*

Los tradicionales lazos de solidaridad comunal, que perdieron fuerza en las décadas anteriores, vuelven a cobrar importancia a partir de los años noventa, al haberse extremado la precariedad de los ingresos familiares, particularmente entre los comuneros pobres. Las mujeres protagonizan en la actualidad procesos de recreación de vínculos de reciprocidad en el trabajo. Es el sector femenino que en las comunidades, en mayor o menor medida, han vuelto a la práctica de la reciprocidad para labores intensivas de trabajo, como la siembra y cosecha de productos de pan llevar, entre los comuneros agrícola ganaderos y de policultivos y en la cosecha de manzanas, entre los fruticultores.

Una alternativa de trabajo solidario de carácter reproductivo se viene generalizando entre las comuneras pobres y algunas medias de policultivos, cuando éstas deben salir a mercadear o vender su fuerza de trabajo en los mercados locales o regionales, oportunidades en que encargan a vecinas o parientes el cuidado y alimentación de los hijos menores, labor que retribuyen en forma alternativa.

En general, las comuneras pobres y un sector mayoritario de medias perciben que ellas afrontan más decisivamente que los varones las situaciones de emergencia económica de sus familias. Las medias refieren que en tales situaciones intensifican el mercadeo; las pobres, que hacen la reventa, trabajan como asalariadas y venden alimentos en ferias de la región. Un sector de comuneras acomodadas refieren que sus emergencias económicas las afrontan conjuntamente con el marido, intensificando su trabajo y vendiendo sus productos o también solicitando préstamos a cuenta de sus cosechas.

3. DIVERSIFICACIÓN DE LA ECONOMÍA CAMPESINA Y TRABAJO DE LA MUJER

Los cambios económicos en el agro peruano se han acelerado durante los últimos quince años. Los casos analizados son representativos de la transición por la que han pasado muchas comunidades de ser economías campesinas de productores agropecuarios en pequeña escala, que emplean fundamentalmente fuerza de trabajo familiar en tierras de su propiedad o usufructo, a una economía en la cual los ingresos derivados de los empleos no agropecuarios, como son la manufactura doméstica, el pequeño comercio, el asalariamiento y otros, constituyen la base de la economía familiar. Sin embargo, a diferencia de otras zonas, en el agro serrano la agricultura no ha sido abandonada por los campesinos. No ha habido un verdadero proceso de proletarización, en el sentido de que los productores se hayan separado en forma definitiva de su medio de producción, la tierra. La mayoría de las familias campesinas continúan cultivando sus parcelas, a la vez que despliegan una enorme variedad de otras actividades económicas.

Las relaciones jerarquizadas por sexo y generación, dominadas por la autoridad patriarcal, fueron tejidas en un contexto de economía campesina. A partir de la década del 80, la estructura ocupacional experimentó cambios rápidos. La tierra y la agricultura dejaron de constituir el eje de la economía de las comunidades. En menos de 20 años la mayoría de los grupos domésticos han adoptado una economía que combina la producción dirigida al autoconsumo con trabajo en el sector no campesino. En este tipo de economía doméstica, que podríamos llamar «economía campesina diversificada», los ingresos derivados de las actividades no agropecuarias son los que tienen más peso en los presupuestos familiares, cambios que han afectado al sistema de relaciones familiares tradicionalmente basado en el control de la tierra. El proceso por el cual las unidades domésticas han dejado de ser

exclusiva o predominantemente productoras para combinar la producción agrícola con la producción de fuerza de trabajo para el mercado laboral, ha provocado un debilitamiento del control patriarcal sobre los recursos y una reestructuración de las relaciones intergeneracionales. La base de este proceso es el hecho de que en la nueva economía son las mujeres y las generaciones jóvenes de ambos sexos los que tienden a trabajar en el sector no agropecuario y a aportar a la economía doméstica el volumen más sustancial de sus ingresos en dinero.

Si antes la tierra y la producción agrícola eran los elementos que cohesionaban a los miembros del grupo doméstico, ahora la división del trabajo persigue optimizar los recursos y esfuerzos de la familia. Pero, a diferencia de lo que ocurría en el pasado, en esta relación de interdependencia, es la generación joven la que está en posición de fuerza; los ingresos no agropecuarios de mujeres y jóvenes van teniendo cada vez mayor peso en la economía familiar y son un punto de apoyo para la reestructuración de las relaciones internas de la familia.

En el contexto de una economía preponderantemente campesina, al ser el hombre mayor el propietario de los medios de producción, sus hijos estaban en posición de dependencia con respecto a él, una vez que los ingresos no agropecuarios se convirtieron en el principal medio de vida, se invirtieron las relaciones de dependencia. Cuando la tierra era la fuente fundamental de subsistencia, la agricultura era considerada como el trabajo masculino por excelencia. Los hombres eran percibidos como los generadores de los bienes de cambio, mientras que las mujeres se percibían limitadas a la esfera reproductiva. Ahora varones y mujeres pueden obtener ingresos no agropecuarios e, incluso, es posible que en el mercado de trabajo regional las mujeres tengan más oportunidades que los varones en industrias tales como las de textiles, confecciones y la agroindustria.

El proceso de asalarización que se extendió a los jóvenes de ambos sexos y el trabajo de la mujer se han convertido en los pilares de la diversificación ocupacional ocurrida. Esta situación amerita el debate acerca de la relación entre las formas de trabajo y la subordinación de la mujer en el agro. La contribución económica de las mujeres a sus hogares, en concepto de ingresos monetarios, se ha tornado importante en las últimas dos décadas. Las relaciones patriarcales comenzaron a debilitarse en los últimos 20 años, en un proceso correlativo al debilitamiento de la economía campesina. En ese sentido parecería que más que la forma de trabajo (remunerado o no) por sí mismo, es el control sobre los recursos más valiosos lo que contribuye a estructurar un sistema de relaciones familiares con un tipo particular de autoridad. Y ahora los ingresos en dinero del trabajo no agropecuario han pasado a ser el recurso más valioso por ser los de más peso en la economía doméstica. La asalarización ha tenido además el efecto de hacer visible el trabajo de las mujeres, facilitando así su valoración en términos reales. Por otra parte, la reorganización del trabajo ya no sólo en torno a las actividades

agrícolas, sino alrededor de la combinación de las actividades agrícolas con otras actividades económicas creó la división generacional del trabajo que ha reforzado la interdependencia económica entre las generaciones.

La participación de las mujeres en el mercado laboral («esfera de la producción social») no elimina necesariamente la subordinación de las mujeres en el hogar, ni garantiza una posición político-legal elevada en el dominio público.

El impacto de las medidas de ajuste estructural, presionó en forma cada vez más creciente el vínculo de las actividades que realizan los diferentes miembros de familias rurales y particularmente la actividad de las mujeres en el mercado.

El acceso a nuevas formas de educación, el incremento del desempleo y subempleo, presionaron a las familias rurales a modificar las estrategias de manutención y reproducción, bajo condiciones de casi absoluta falta de alternativas. Cambios en las estrategias de producción y reproducción de las familias rurales: diversificación económica y espacial de las fuentes de ingreso e incorporación de las mujeres como agentes receptoras.

Proponemos al respecto que este cambio en el patrón de obtención del ingreso familiar, ha tenido un carácter estructural, por cuanto afectó a las fuentes, a las vías de obtención y a los agentes perceptores del ingreso, destacándose de manera especial la incorporación de las mujeres.

La gran mayoría de las mujeres rurales en el Perú, si bien históricamente han tenido una participación directa en las economías campesinas (no reconocida ni registrada estadísticamente), a partir de fines de los 80, han diversificado e intensificado su participación económica. Las mujeres campesinas de policultivos alimentarios y agrícola ganaderas emprendieron nuevas actividades y nuevas relaciones de trabajo para generar ingresos, como la intensificación del trabajo artesanal dentro del hogar y su mercadeo, diversificación de la producción del huerto y del patio, con cultivo de flores, verduras, etc., con los cuales no solo buscan restituir el ingreso familiar, sino que contribuyen al capital de trabajo de la unidad de producción en su conjunto, ante la drástica caída de la oferta crediticia, derivada de las medidas de ajuste, enfrentando así el problema de la falta de liquidez en la economía familiar campesina.

Si antes el prototipo de familia se caracterizaba por vivir de forma estable bajo un mismo techo (hogar) y por tener fuentes relativamente fijas de obtención de ingresos, la nueva tendencia muestra un proceso acelerado de diversificación de los mismos en cuanto a su naturaleza y área geográfica de ubicación. En las citadas comunidades, las mujeres combinan las actividades ligadas a la producción agropecuaria, con la transformación de los productos agrícolas y hasta el procesamiento de alimentos, con actividades de mercadeo al detalle de una variada gama de productos agropecuarios y comestibles.

Se combinan el empleo asalariado con el empleo informal por cuenta propia, con el empleo temporal y empleo permanente. Se alternan actividades en áreas

rurales con actividades en áreas urbanas. Las mujeres rurales aparecen asumiendo el papel de gestoras y articuladoras de las estrategias de sobrevivencia y por consiguiente como las organizadoras de este hogar móvil, de los movimientos espaciales y como controladoras de los tiempos de permanencia o de migración de sus miembros.

Este rol protagónico de las mujeres se correlaciona con el incremento que ha experimentado la jefatura femenina en los hogares rurales. Estas llamadas estrategias del «rebusque» ocupacional han sido gestadas por las mujeres, son ellas las que rebuscarán el ingreso familiar autoempleándose en actividades informales, mercadeando una variedad de productos elaborados en el hogar; revendiendo en el mercado local, integrándose como asalariadas (procesamiento de leche, de frutas, flores, etc.), flexibilización del patrón de división del trabajo, se impone la lógica de una economía familiar diversificada a costa de la intensificación de la jornada de trabajo de las mujeres rurales (Fauné, María A. 1995).

La incorporación de las mujeres rurales en un contexto de crisis y desempleo abierto ha contribuido a flexibilizar el patrón de división del trabajo al interior de los grupos familiares. Así mismo, como parte del proceso de diversificación ocupacional femenina, las mujeres han asumido entre sus roles diversas tareas que antes solo eran pensadas para los hombres, tales como la preparación de tierras y el manejo de plaguicidas, entre otros, puesto que la necesidad de garantizar una fuente de ingreso lleva a valorizar las destrezas de los miembros de las familias campesinas en función de la oferta de oportunidades.

Sin embargo, esto no se ha revertido en una transformación real del patrón tradicional de división genérica del trabajo. Las mujeres campesinas si bien han asumido el rol de generadoras del ingreso familiar, lo han hecho fundamentalmente en actividades, tareas y labores que son, por lo general, una proyección de las tareas domésticas que les han sido asignadas históricamente, preparación y venta de alimentos, servicios domésticos, entre otros.

Esta incorporación de las mujeres como generadoras de ingreso familiar ha tenido un costo: intensificación de su jornada de trabajo, porque su participación en la actividad económica fuera o dentro del hogar no las ha liberado de la carga doméstica ni del cuidado de los hijos.

BIBLIOGRAFÍA

AMORÓS, Celia

1991 *Hacia una crítica de la razón patriarcal*. Barcelona.

ARIAS, Custodio

2003 «Asalariados Agrícolas y Neoliberalismo en los Años Noventa». Revista *Investigaciones Sociales* N° 10. UNMSM. Lima.

BARTHEZ, Alice

1990 *Familia, actividad y pluriactividad en la agricultura*. Madrid.

CARAFÁ, Yara

1993 «Nueva aproximación a la construcción de género en el mundo rural andino». Revista de Desarrollo Rural Alternativo (RURALTER) N° 11-12. La Paz.

CASTRO, Esperanza y MENDOZA, Rosa

1996 *Desarrollo rural, mujeres y relaciones de género en el Perú*. IDEAS. Lima.

DE VILLOTA, Paloma

1999 *Globalización y género*. Ed. Síntesis. España.

DUEÑAS, Alexis y otros

1992 «Campesinos y papas: a propósito de la variabilidad y erosión genética en comunidades campesinas del Cusco». *Perú: El problema agrario en debate*. CEPIA IV. Lima.

ESPINOZA, Cristina

1993 *Sistemas de producción, género y desarrollo. Estrategias de desarrollo*. Flora Tristán. Lima.

FAUNÉ, María Angélica

1995 *Mujeres y familias rurales*. Santiago.

GERMANÁ, César

1997 *Explorando las transformaciones del mundo del trabajo en el Perú*. UNMSM.

KWANT, Verónica y GUILLÉN, Rosa

1993 *Perspectiva de los proyectos productivos con las mujeres rurales. Estrategia de Desarrollo*. Flora Tristán.

LARA, Sara María

1993 *Los efectos de la flexibilidad en el mercado de trabajo rural*. México.

LOAYZA, Sulema

1996 «Mujer y estrategias familiares de reproducción en comunidades campesinas». *Revista de Sociología* N° 10. UNMSM. Lima.

MARSDEN, Terry

«Hacia la economía política de la pluriactividad». *Journal of Rural Studies*. Vol. 6 N° 4.

TRIVELLI, Carolina

1999 *Pobreza rural y políticas públicas en el Perú*. SEPIA VIII. Chiclayo, Perú.

VALDEZ, Ximena y ARTEAGA, Ana

1996 *Mujeres y relaciones de género y agricultura*. Centro de Estudios de Desarrollo. Imprenta La Unión. Santiago.

VARGAS MACHUCA, Elizabeth

1991 *Identidad femenina: Cuestionando y construyendo estereotipos*. DESCO. Lima.

VELAZCO, Jackeline

1997 *Género y economía rural en el Perú*. CEPIA VII. Lima.